

**VEKA DUNCAN**  
RECUPERAR A SANTOS BALMORI

**CARLOS VELÁZQUEZ**  
SEXTO PISO, 21 AÑOS

**NAIEF YEHYA**  
EL TREN Y LA PENÍNSULA

NÚM. 425 SÁBADO 04.11.23

# El Cultural

[ Suplemento de **La Razón** ]

## **MEXICAN DIVINE: SER HOY UNA DRAG QUEEN**

HÉCTOR RÍOS



Fuente > Shutterstock.com

**ESCRIBIR SOBRE LA VIOLENCIA**

RAFAEL ACOSTA

**POEMA "LA MUERTE NO VALE NADA"**

DIEGO GÓMEZ PICKERING

**CUATRO VIÑETAS PARA (TRI)CICLISTAS**

LUCILA NAVARRETE TURRENT

Dejar la piel a un lado y explorar otras opciones vitales, mirar con ojos nuevos: en esta era de borramiento de límites entre géneros literarios, entre lenguas y definiciones sexogenéricas, el drag es una expresión artística para personas que gustan disfrazarse, sin importar su orientación sexual, como parte de un show que incluye maquillaje exagerado, vestuario, actuar un personaje. La palabra parece venir de la frase *dressed as a girl* (vestida como mujer, aunque ahora se usa más ampliamente). Aquí, Héctor Ríos sigue a Sara, mujer trans que encarna a Mexican Divine: así revela las dificultades, la satisfacción, lo que implica su oficio cotidiano.



# MEXICAN DIVINE, LA DRAG QUEEN

HÉCTOR E. RÍOS GONZÁLEZ

@silenciosaqido

El cuarto está lleno de flamencos rosados. Su forma se replica en aretes, peines, gafas, espejos, portarretratos, llaveros, juguetes y peluches, muchos peluches. Éste es el santuario *kitsch* de Sara Lugo, *Mexican Divine*.

I

La mujer trans<sup>1</sup> de 58 años, pelo negro, tez morena y brazos anchos me recibe en el dormitorio de su casa, en San Pedro Xalpa, Azcapotzalco, sin una gota de las sombras ni de las larguísimas pestañas que usa cuando imita en el escenario a Divine, *drag* famosa por participar en la película de culto *Pink Flamingos* (1972), comedia negra del director John Waters, que escandalizó por escatológica.

Sara lleva una bata café y sandalias negras. Vendas elásticas envuelven sus pies hasta los tobillos. Un aroma a orines y a humedad flota en el aire, cortado por los ladridos de Corina, Frida y Max, los perros chihuahua que rescató de la calle. “Siéntate donde gustes”, dice, amable. De espaldas a mí comienza a maquillarse frente al espejo de un tocador de juguete destartado. Saca un lápiz negro de una paleta de cosméticos que parece una bandeja de cubos de hielo de colores.

Entre las decenas de flamencos de peluche sobre la cama toma uno que mueve el cuello al ritmo de la canción “Macarena”. “Los he ido coleccionando de a poco”,

cuenta con orgullo mientras se pone la base de maquillaje. Y es que al inicio de *Pink Flamingos*, quizá la película más famosa del personaje, aparecen reproducciones de plástico de esas aves. Son símbolo del filme dirigido por Waters, a quien la crítica coronó como el “rey del cine basura” por su lenguaje obsceno y sus personajes esperpénticos, como el rol protagónico de Divine —interpretado por Harris Glenn Milstead—, presentado en la cinta como “la persona más inmunda” del planeta.

Los flamencos no son la única colección que Sara presume. También posee discos de vinilo de colores: rojo, verde, amarillo y azul. Son de artistas como Diana Ross, Lola Beltrán, Los Pasteles Verdes y hasta Cri-Cri. “El chiste era que se viera colorido, como me gusta”, sonríe. El lugar de honor lo ocupa un viejo y roto *collage* de Divine, escoltado por dos peluches del personaje y una lona en la que, junto a la imagen del original, letras enormes anuncian “El doble de Divine”.

EMPEZÓ A IMITAR al personaje *drag* hace 38 años. Cuando salió de la secundaria, hacia 1985, estaban de moda Divine y el High Energy, estilo de música electrónica de baile influido por el sonido disco de los 70. Empezó a comprar los álbumes en cuyas portadas la estrella *drag* lucía extravagante, sin saber que años más tarde formarían parte de su repertorio musical.

“Como yo era tamaño gordita, un amigo que tiene el sonido Challenger me dijo: ‘No seas pendeja, vete de

Foto > Archivo del autor

DIRECTORIO

**El Cultural**

[Suplemento de La Razón]

Twitter:  
@ElCulturalRazon

**Roberto Diego Ortega**  
Fundador

**Julia Santibáñez**  
Directora  
@JSantibanez00

**Natalia Durand**  
Editora  
@yosoycanelafina

Facebook:  
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki  
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15

Divine, te queda'. Yo ya hacía un *show* travesti, imitaba a Lucha Villa, a Lola Beltrán. Tenía 19 años. De Divine me gustaba su apariencia *drag*: ese maquillaje grotesco no era común para una fiesta, la gente no se vestía como ella. Fue una de las primeras que tuvo el valor de subir así a un escenario. En ese tiempo no era fácil", dice, mientras dibuja una enorme ceja negra.

El término *drag* se usa para nombrar a un hombre o a una persona andrógina que se maquilla de modo exagerado y viste ropa de mujer para interpretar un personaje cómico, satírico o dramático. De acuerdo con Benjamín Martínez Castañeda, doctorante en Artes del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (INBAL), y creador de la *drag queen* Walpurgis Gara, el *drag* "es un personaje, una expresión de género que se presta para criticar las normas de construcción de la femineidad o de cómo concebir los binarismos". Para la actriz y *vedette* trans mexicana Terry Holiday, "este fenómeno coincidió con el High Energy de finales de los 70, con artistas como Sylvester o el propio Divine. Es sobre todo una expresión artística multidisciplinaria que incluye canto, baile, actuación y diseño de vestuario. Estas manifestaciones influyeron en el concepto visual del arte en general, pero sobre todo en la cuestión de peinados y maquillajes exagerados".

Una apariencia andrógina, un vestuario cuajado de lentejuelas, más cejas gruesas y diabólicas completaban la estética alternativa de la época. Para ser una *drag*, subraya Terry, tienes que crear tu guardarropa, maquillaje, pelucas, además de inventarte un personaje. Hoy, agrega la también pintora, "es una moda, una copia de Estados Unidos, un espectáculo frívolo. Pienzan que ser *drag* es salir con el maquillaje todo embarrado y la ropa *trashy*, arrugada, diciendo peladeces".

**DIVINE FUE CREACIÓN** de Harris Glenn Milstead (1945-1988), quien se definía como un actor que interpretaba a mujeres. El éxito que obtuvo con las películas de Waters hizo que se lanzara como cantante, encarnando a su personaje. Logró una buena recepción, como lo confirman sus seis álbumes, 37 sencillos y 21 compilaciones, además de presentaciones en Estados Unidos y Europa. Su primer sencillo, de 1981, se llamó "Born to Be Cheap" ("Nacida para ser barata").

"Me gustan sus canciones 'Camina como hombre', 'Amor nativo', 'Creer ser un hombre' y 'Sacúdelo'. Son las que meto en mi set, puro éxito. De hecho, cuando me estoy maquillando tengo puesta la música de Divine y repito la letra a cada rato para que no se me vaya a olvidar, porque es *playback*... y yo no sé inglés. Conforme lo escucho voy haciendo la mímica".

A los 19, Sara se puso el primer vestido para caracterizar a Divine. Se lo hizo un amigo modisto; también le confeccionó su primera peluca, que era de peluche. En aquel entonces no trabajaba, por eso fue armándose un vestuario como pudo: ropa de su madre que



Foto: Héctor Ríos

“CUANDO ME ESTOY MAQUILLANDO TENGO PUESTA LA MÚSICA DE DIVINE Y REPITO LA LETRA A CADA RATO PARA QUE NO SE ME VAYA A OLVIDAR, PORQUE ES *PLAYBACK*... Y YO NO SÉ INGLÉS. CONFORME LO ESCUCHO VOY HACIENDO LA MÍMICA”.

cortaba y zurcía para transformarse. Ya con peluca y vestido hizo su primer *show*. "Fue en la colonia Ahuizotla, Estado de México, en el Salón Forum. El dueño era un señor que practicaba lucha libre y se hacía llamar Javier, *El Mataperros*. Después tuvo una carnicería y pensábamos que se llamaba así por asesinar mascotas, pero no, jera por ser luchador! Fue uno de mis primeros fans y cuando me veía en el mercado gritaba: '¡Divine! ¡Divine!'. Desde ese primer *show* dije: 'Voy a seguir imitándola. Me gustaba que la gente me aplaudiera'. Quien más tarde la bautizó como *Mexican Divine* fue DJ Geras, un vecino que vende discos de High Energy y también se encarga de hacer las mezclas de temas para las presentaciones de Sara.

Aunque ya imitaba a Paquita, *la del Barrio*, a Lola Beltrán, a Margarita, *la Diosa de la Cumbia* y Sara Montiel —de quien tomó el nombre de pila cuando hizo el cambio de identidad de género en el registro civil—, asumir el rol de Divine le significa responsabilidad. "Debo actuar lo más parecido que pueda, y más en el ambiente de High Energy, donde me presento. Yo me tardo de hora y media o dos maquillándome, así, despacio, suavemente, porque me fascina", dice, mientras en su frente asoman dos enormes cejas blancas, que parecen cuernos.

“CUANDO EMPECÉ A IMITAR a cantantes no me vestía como mujer, aún no era trans. Era un chico gay que trabajaba en un restaurante de hamburguesas. Al volver a casa pasaba por una estética; una vez, los muchachos que cortaban el pelo me vieron y, como en la comunidad tenemos un pinche sentido de saber 'éste es', me dijeron: '¿Verdad que eres puto?'. No supe qué contestar; sentí pena, pensé que todo el mundo se iba a enterar. Después hicimos amistad, iba a que me cortaran el cabello diferente al de un señor, empecé a depilarme las cejas, ya sentía la inquietud de ser trans. En una de esas visitas, como ellas hacían *shows*, me dijeron: '¿Por qué no te animas? Te vistes como artista y haces mímica como si cantaras'. Así empecé".

Sara va transformando poco a poco su rostro. Mientras mezcla un pincel en la paleta de colores y lo lleva a su boca observo en repisas de madera sus reconocimientos: uno con el logotipo de la Cámara de Diputados por ser parte de las "voces por la defensa de los derechos humanos LGTBTTIQ"; otro por hacer el mejor *show* travesti, concedido por el comité LGBT de Zumpango, Estado de México, y uno más vistoso: una réplica de la estatuilla del Oscar, otorgado por el sonido Valentino al mejor imitador de Divine.

Cuando su familia se enteró de que era trans, por boca de su tío, Jaime Punzo, Sara no se sintió rechazada: aunque su madre primero lloró, al final todos la aceptaron, hasta su padre, un hombre violento que a pesar de todo reaccionó con calma. Le dijo: "si eso es lo que te gusta, sólo cuídate". Ahora Sara lo saluda pintándole en la mejilla un beso con lápiz labial. "El rechazo lo viví en la escuela, con los profesores que no me dejaban peinar con libertad. Fuera de eso no tuve traumas, ni siquiera en mi primera relación, a los siete años: no fui violada, estuve con alguien que quise y al que casi le tuve que



Foto: Héctor Ríos

rogar para que lo hiciéramos... hasta que se me hizo. Nadie me había explicado nada, no sé cómo sabía, fui una niña muy precoz”.

En un ropero café, frente a dos peluches de Divine, cuelga de un gancho un vestido negro con estrellas plateadas en los pechos; a un costado, la pantalla del televisor proyecta un documental sobre *aliens*. “Me gusta el Discovery Channel, ver documentales de egipcios, ovnis y animales salvajes. Pero sobre todo me gustan las películas de John Waters, aunque algunas me sacan de onda. Cuando vi a Divine en la escena final de *Pink Flamingos*, que se come la popó de un perro, me impactó. De hecho, David Dávila, el cineasta director de *Discolocos*, a quien conocí en una marcha gay y me propuso que trabajáramos en un documental que se está filmando sobre mí y se llamará *Mexican Divine*, quiere que repliquemos la escena. Me dice: ‘La hacemos con chocolate, ¿estás dispuesta?’. Claro que sí; ya lo hizo Divine, también yo lo hago”.

**EN LA FOTO** de su WhatsApp, Sara aparece con Waters. Narra que lo conoció en el Cine Tonalá, en la colonia Roma, cuando él visitó la capital en 2019, para presentar su *stand up* titulado *This Filthy World* y ofrecer una clase magistral. “Yo iba vestida y maquillada, era la última de diez personas y le encanté. Se le hizo increíble que estuviera ahí, disfrazada. Aparte de mí han existido dos Divine en México, Agustín Yáñez y un chico de Guadalajara que ya falleció, pero yo fui quien estuvo ahí con Waters. Le llevé fotos y me las autografió, incluso sabe del documental que estamos haciendo. También lo sabe la familia de Divine y no hemos tenido problemas de ningún tipo”.

Waters no es la única personalidad atraída por la versión mexicana de la *drag*. Alaska, referente del pop hispano de los 80, vocalista del grupo Alaska y Dinarama, tenía una firma de autógrafos y su club de fans contactó a Sara para que fuera a presentar su *show*. Alaska ha contado que su primer tatuaje fue de Divine, “una travesti gorda que berreaba música disco”, en sus palabras. En YouTube está el video en el que *Mexican Divine*, con vestido atigrado, le canta a Alaska, quien al final se hinca y le hace una reverencia. “Imagínate, que alguien de esa talla hiciera eso. Por lo que haya sido, porque le gustó el *show* o por lo que sea, sentí muy bonito. Me invitaron el sábado siguiente a presentarme en Spartacus, la famosa disco *gay* de Nezahualcóyotl. Ahí grabaron un video para MTV. Fue padrísimo”.

Pero la vida de Sara no siempre ha sido satisfactoria. A veces los productores no le pagan y tiene que perseguirlos. Sus honorarios son de tres mil pesos en la Ciudad de México por un *show* de veinte minutos, con cinco canciones; apenas alcanza para cubrir transporte, comida, maquillaje, vestuario y compra de pelucas, que son de pelo sintético. Sin contrato de por medio, le han robado más de una vez. Por eso se retiró un tiempo, para dedicarse a vender comida. “No se me hace ético que no te paguen; si



Fuente: Facebook de Mexican Divine

haces un evento debes pagarle a todo el mundo. Por eso, cuando me contratan para hacer un banquete llevo comida de más, para todos; como decía mi abuelita: ‘Le echas un poquito más de agua a los frijoles’”.

Otro momento aciago fue cuando la discriminaron en una oficina del Instituto Nacional Electoral; al presentarse a renovar su credencial, un empleado le ordenó que se lavara la cara. “Iba vestida de mujer y maquillada, con el pelo suelto. Me fui llorando. Al día siguiente volví con una amiga activista y reclamé, pedí respeto. ‘Quieren que me quite los aretes, lo hago; quieren que me agarre el pelo, me lo agarro, pero no me voy a desmaquillar, ¡así voy a todas partes!’. Me dieron mi credencial con nombre de chico, pero en la foto salí maquillada”.

**SARA TRAMITÓ** su cambio de identidad en 2018 y, según le dijeron en el Registro Civil, fue una de las primeras personas trans en hacerlo. Eso la llevó a aparecer en un anuncio de la entonces jefa de Gobierno de la Ciudad de México, Claudia Sheinbaum. La discriminación que sufrió en la escuela hizo que se uniera a la Casa de las Muñecas Tiresias, asociación transfeminista dirigida por Kenya Cuevas, donde se encarga de la coordinación del cambio de identidad de género.

“Llevo a las chicas del albergue [de la asociación] al Registro Civil, a que puedan cambiarse el nombre. Algunas apenas acaban de salir de la cárcel o no tienen documentos; les ayudamos a sacar su acta de nacimiento o tratamos de arreglar la situación migratoria de personas de Honduras, El Salvador, Venezuela”, explica mientras se pinta un lunar en la mejilla izquierda y otro, cerca del labio derecho.

Como parte de su trabajo en esa asociación, Sara ha repartido juguetes en albergues de niños con cáncer

y, ya convertida en *Mexican Divine*, ha dado *shows* en casas de adultos mayores. Forma parte también de Resamtrans (Reparación Sobrevivientes Adultas Mayores Trans), organización dirigida por la defensora de los derechos trans, Denisse Valverde. Persigue tanto la reparación histórica de la violencia ejercida por el Estado contra las integrantes de esta comunidad, como que se reconozcan los abusos cometidos contra las trabajadoras sexuales en los tiempos en que Arturo *El Negro* Durazo fue el jefe de Policía y Tránsito en la capital. Además busca obtener una pensión para las mujeres mayores de 50 años que sufrieron vejaciones en aquella época.

Sara se muestra en sus redes sociales no sólo en el papel de *Mexican Divine*, sino como una activista. En una imagen aparece en Insurgentes, parada delante de un metrobús para detener su marcha, mientras sostiene en la mano una enorme bandera de arcoíris, símbolo LGBT. Estaba ahí para exigir justicia por el transfeminicidio de la trabajadora sexual Paola Buenrostro, asesinada en la antes llamada calle Puente de Alvarado, ahora Avenida México-Tenochtitlan. El crimen ocurrió el 30 de septiembre de 2016, cuando un militar le disparó en el interior de un automóvil. El hombre fue liberado y, en respuesta, las mujeres trans tomaron las calles.

“Al asesino lo dejaron irse como a las cuatro o cinco horas. El propio juez dijo que así era ‘un puto menos’. Imagínate a una autoridad diciéndote eso”. Le pregunto si no le dio miedo que le aventaran el vehículo y responde que no. Lo que realmente le preocupaba, apunta, eran las molestias que ocasionaban a las personas en la calle. “Paramos el tráfico por algunos minutos, entonces la gente nos gritaba y nosotros explicábamos por qué deteníamos el paso. Una señora se bajó del camión y me dijo: ‘Ojalá los maten a todos ustedes’”.

**EL RELOJ DE PARED** con la imagen de Divine marca las ocho de la noche, hora de ir a dar *show*. Sara no está, sólo queda el personaje: una peluca blanca rociada con espray; sombras plateadas que le cubren la mitad de la frente y coronan unos ojos de los que sobresalen pestañas como tarántulas;

“SE MUESTRA EN REDES SOCIALES NO SÓLO EN SU PAPEL DE MEXICAN DIVINE, SINO COMO ACTIVISTA. EN UNA IMAGEN APARECE EN INSURGENTES, PARADA DELANTE DE UN METROBÚS”.

el rubor excesivo que forma un sol rojo en cada mejilla; la boca, sangrante por el carmín, custodiada por dos lunares; en las orejas, esferas de discoteca que brillan al girar. Lleva un vestido negro de tirantes, sellado hasta los tobillos y adornado con bisutería de plástico, en el que destacan dos estrellas plateadas que cubren los senos de un cuerpo que amenaza con reventar las costuras. Debajo asoman unos Crocs negros.

Sobre esa montaña de carne, un abrigo de plumas negras acaricia la notable papada. *Mexican Divine* se mira al espejo y dice: "Así como me ves causo revuelo, soy igual de puerca que Divine". Entonces saca la lengua y la mueve como un cascabel de serpiente. "Muchos señores vienen, se me acercan. En una ocasión iba en auto y se me cerraron para pedirme que saliera con ellos. Me dicen: 'Quiero coger contigo, quiero cogerme al Divine'". Empoderada en su personaje, como si estuviera ya pisando el escenario, va hacia la puerta de su casa, al encuentro de los aplausos.

## II

Sara está sentada. Mientras espera que la llamen para hacer su número ve todo: el escenario negro, la pista donde algunos cuerpos se acarician, las mesas con bebidas, el borracho que serpentea hacia la barra. Es medianoche, hace casi dos horas debió de haberse presentado, pero un cortocircuito apagó la mitad de las luces del Grand Mambocafé, centro nocturno en Tlalnepantla, Estado de México. Al ocurrir el desperfecto sonaron silbidos de sorpresa que luego se volvieron mentadas de madre, porque la luz se llevó el sonido que reproducía música de Sylvester, Donna Summer, Bobby Orlando, Sabrina Salerno. "A ver, a ver, ¡a ver a qué horas!", es el grito en coro mientras en el piso superior, que

sirve de camerino, Sara y un hombre se hablan al oído.

Él porta un sombrero de palma muy blanco, las gigantescas gafas le tapan mitad de la cara y sólo dejan ver un espeso bigote. Viste una gabardina de satín amarillo limón que brilla en la penumbra. En el costado luce un botón, tan grande como un plato, que dice su nombre: *Mike Mareen*. Es en realidad Gabriel Chávez, un carpintero que lleva diez años personificando al cantante alemán de High Energy. Cree que la imitación de Mareen es cosa seria, no sólo por ser uno de los personajes principales del High Energy, sino porque esta música "se baila con el corazón". Y es que en los 80 era la preferida de la población que vivía en la periferia capitalina. Los sonideros se presentaban en Nezahualcóyotl, Naucalpan, Ecatepec: cerraban las calles sin pavimentar y ahí montaban su enorme equipo sonoro.

DJ Erre, asiduo a bailes de sonidos como Polymarchs, Patrick Miller y Winners, recuerda: "En ese tiempo era rockero, cumbiambero o discoloco. No había más. Llegaban los camiones y armaban un equipo gigantesco de luces y sonido, se colgaban de la luz, era como una discoteca, pero en la calle. Bailar ahí era el sueño de los jodidos. Incluso los pleitos se dirimían, no a golpes, sino con una coreografía improvisada entre las bandas que se retaban". La época de baile callejero se recrea esta noche en el Grand Mambocafé, tomado por cincuentones y por veinteañeros que se divierten con la música que oían sus papás.

"En cuanto arreglen la luz te toca. Vas antes del *performance* de los faraones", le dice *Mike Mareen* a *Mexican Divine*. Ella le da un trago a su Coca-Cola y asiente. Hace calor, así que usa las manos para echarse aire en la peluca despeinada que corona su cabeza. Sus aretes giran con el movimiento. Allá abajo, la impaciencia

"YA NO SE TRATA DE LA HIJA MAYOR DE LOS LUGO, QUIEN HACE QUESADILLAS LOS FINES DE SEMANA Y MONTA COREOGRAFÍAS PARA XV AÑOS: AGITA LOS BRAZOS, ABRE LA BOCA, MUESTRA LA LENGUA. ELLA ES MEXICAN DIVINE".



Fuente > Facebook de Mexican Divine



El autor de esta crónica, con *Mexican Divine*.

sólo se mitiga con alcohol. Alguno ha puesto música en su teléfono y escucha "Living on Video", de Trans-x; otros merodean por el lugar, tratando de reconocer las fotos de artistas que cuelgan de las paredes. De pronto regresa la música. Luego, el baile de los faraones se adelanta al número de la "Divina mexicana"; ella amenaza al organizador con marcharse si no es la siguiente en actuar. Siguen dos números más del ballet y al fin, una voz anuncia: "Con ustedes, la única y espectacular ¡*Mecsicaaan Diváin!*".

Los aplausos la sorprenden; avienta los Crocs y se pone las zapatillas negras de tacón, toma el micrófono de juguete que espera en una bolsa de plástico del súper. Baja las escaleras, avanza hacia el centro de la pista y se pone de espaldas al público. Algo mágico sucede: en el lugar flota una vibra eléctrica y la gente, aunque escasa, ruge y graba con sus teléfonos. Se oye el *sampler* de "Native Love", canción icónica de Divine, mientras un arcoíris de luces ciñe el grueso cuerpo de la artista. Su figura se abre paso entre el hielo seco. Enardece al público al tocarse con obscenidad los gigantescos senos enmarcados por estrellas, sobarse las nalgas, pasar el micrófono por la entrepierna, mover la lengua como un reptil. Parece un video del intérprete estadounidense.

Viene una mezcla de éxitos de Divine, coreados por el público. Convertida en sacerdotisa del dislate, el público la mira como si de su boca irradiara una luz en la que todos quieren bañarse. Es el centro del universo. Ya no se trata de la hija mayor de los Lugo, quien hace quesadillas los fines de semana y monta coreografías para XV años: agita los brazos, abre la boca, muestra la lengua. Ella es *Mexican Divine*.

Al terminar, la gente se arremolina al centro de la pista, la rodea, le pide autógrafos, fotos, abrazos: todos quieren algo de ella. 📷

### NOTA

<sup>1</sup> Persona que tiene una identidad de género que no coincide con el sexo que le fue socialmente asignado al nacer.

Abordar en un texto los estragos de la guerra contra el narco, el dolor de los demás —recordando aquel libro de Susan Sontag—, precisa de una reflexión ética. Rafael Acosta la ensaya, transitando por varios ejemplos de la literatura mexicana contemporánea, como Fernanda Melchor, Yuri Herrera y Sara Uribe. Con una postura contra la espectacularización de la crueldad, el autor propone representarla de forma no gráfica y, entonces, hacer difícil el acceso a ese sufrimiento: exigirle a quien lee “que transforme esa emoción en un proceso simbólico”.

## ESCRIBIR

# SOBRE LA VIOLENCIA

RAFAEL ACOSTA

@RafaelAcosta

Después de terminar mi segunda novela, *Conquistador*, tuve muchos resquemores acerca de continuar escribiendo sobre la violencia que ha generado la guerra de las drogas en México. Durante unos años me negué a insistir sobre el tema. Mis dudas eran, sobre todo, éticas. ¿Tenía derecho a escribir del dolor y el horror de los otros?

Pasado un tiempo concluí que pocas cosas en el ámbito político y social en México tienen tanto impacto en nuestras vidas y que tratar el tema es, poco más o menos, inevitable. La siguiente pregunta que surgía era: ¿cómo hacerlo? Probablemente merezca más respuestas de las que llegaré a imaginar en los años que me quedan, pero la primera a la que pude arribar es que hay que evitar la representación pornográfica, a través de una escritura que requiera participación activa e intensa del lector. Así empecé a escribir un libro de cuentos en verso, que al mismo tiempo son ensayos. Cada uno se enfoca en las muchas formas en las que alguien puede convertirse en víctima.

EN ESE LIBRO, llamado *Seis ensayos, sobre la violencia*, aparecen cuentos escritos en verso alejandrino, romance, libre, endecasílabo, entre otros. Los cuentos son de difícil acceso y exploran, algunos en tono realista y otros en un tono más bien fantástico, el dolor de la guerra a través de distintos conceptos. Algunos son la venganza, el luto, el abandono, el victimario que es víctima a su vez.

Son formas duras de esta expresión humana, actos de vida y muerte, como los que han sido el enfoque primordial de la literatura. *Guerra y paz*, *Sin novedad en el frente*, *Los miserables*: muy buena parte de la narrativa se enfoca en el amor y la muerte, en los momentos que afectan nuestra existencia de forma desproporcionada. En *Meridiano de sangre*, novela de Cormac McCarthy, aparece uno de los grandes villanos de la literatura: el juez Holden. Dice respecto al ser humano: “Su meridiano es a la vez el anochecer y la tarde de su día. ¿Ama el juego?

Déjalo apostar algo que valga la pena”. La idea de que es sólo la apuesta lo que da significado a la vida resulta, a la vez, terrible e intrigante. Y más terrible aún resulta el razonamiento que sigue McCarthy, donde la guerra es la única actividad humana que confiere significado, porque en ella se apuesta todo, empezando por la vida.

Ésta es una idea que no comparto, más allá de lo que me fascina la obra de McCarthy, uno de los autores más potentes de la lengua inglesa. Pero lo que me parece más llamativo de su argumento es todas las formas en las que utilizamos la literatura alrededor de la guerra para realizar experimentos mentales sobre el mundo. Éstos son un elemento importante de casi todas las tradiciones literarias. Desde Gilgamesh hasta Rambo, pasando por los caballeros andantes o los tres mosqueteros, muchos de los grandes experimentos ficcionales de lo que sucede con la sociedad tienen que ver con sucesos de guerra, donde los personajes se enfrentan a decisiones de vida o muerte.

NO HE LLEGADO a contestarme por qué muchos lectores no tienen problema de simpatizar con Paul Bäumer,<sup>1</sup> el príncipe Bolkonski<sup>2</sup> o Javert,<sup>3</sup> y sí con Teresa Mendoza,<sup>4</sup> Rosario Tijeras<sup>5</sup> o con alguna de las formas narrativas de Pablo Escobar. A pesar del manifiesto abismo de calidad narrativa entre *El patrón del mal* y *Guerra y paz*, me parece que esto sólo explica una parte, puesto que a más de una persona que desprecia una novela sobre Pablo Escobar, la he visto seguir una telenovela tradicional. Me parece probable que a la mayor parte de nosotros nos gustaría más vivir en una sociedad donde las únicas historias que tenemos que escribir son las de personas económicamente cómodas que se enamoran, filosofan y se miran el ombligo. Después de todo, una de las funciones principales de la literatura es considerar los detalles de nuestros ombligos, vello a vello. Uno podría decir que el ojo de un escritor está destinado a concentrarse en ellos.

Pero hay más en un escritor que la mirada: debe reproducir el lenguaje de

“DURANTE AÑOS ME NEGUÉ A INSISTIR SOBRE EL TEMA. MIS DUDAS ERAN, SOBRE TODO, ÉTICAS.

¿TENÍA DERECHO A ESCRIBIR DEL DOLOR Y EL HORROR DE LOS OTROS?”

la tribu, como ha hecho Elmer Mendoza, y damos un puñetazo en la cara, como *El invencible verano de Liliana*, de Cristina Rivera Garza, porque como sociedad hemos dejado que feminicidas como Ángel González Ramos hayan vivido sin pagar su crimen. Debe crear un nuevo lenguaje, como Yuri Herrera en *Trabajos del reino*; denunciar la responsabilidad de los que han desaparecido a nuestros hermanos, como la *Antígona González*, de Sara Uribe; retratar la soledad ante el abandono de la ley, como Antonio Ramos Revillas en *Salvajes*; mirar el caos que han dejado las décadas de neoliberalismo brutal, como Fernanda Melchor; navegar los mitos de una sociedad, como Luis Felipe Lomeli en *Indio borrado*; dialogar con el amor, como Julián Herbert; explorar la reproducción de la violencia en sus víctimas, como Cloy Mendoza; encontrar la risa en el terror, como Carlos Velázquez; decirnos a qué huele la oscuridad, como Ximena Santaolalla y Eduardo Antonio Parra; recorrer el Acapulco destruido, como Iris García Cuevas y Federico Vite.

Nuestros experimentos mentales son necesarios para el devenir de nuestra cultura. Aun si no son perfectos, revelan cómo el cuarto en el cual nos miramos el ombligo también informa de las sombras que lo colorean. No importa cuánto me preocupen mis problemas de hombre privilegiado, el mundo no deja de existir por ello, ni debería fingir que lo hace. Las sombras son elementos muy versátiles y no hay una sola forma de pintarlas, ni un solo color, aunque todas sean negras.

¿Cómo saber *a priori* qué formas de la violencia puede tener sentido representar? Intentarlo es un ejercicio

de futilidad. John Irving dijo en una entrevista que "en el mundo de la escritura sobre escritores, la experiencia personal es, en mi opinión, siempre un elemento sobreestimado y la imaginación es siempre subestimada". Independientemente de si nuestro tema incluye caballeros, magos y dragones; androides y naves espaciales; multiversos; soldados y sicarios o un escritor poniéndose una lupa en el ombligo, nuestros textos son siempre imaginación que, por definición casi, debe ser impredecible en sus estados más puros. Como decía Ursula K. Le Guin, en *City of Illusions*: "Sabemos tan poco sobre la imaginación que no podemos siquiera hacer las preguntas correctas sobre ella, mucho menos dar las respuestas correctas".

Yo no sé si en mi oficio como escritor puedo acercarme a una respuesta acertada, ni siquiera estoy seguro del todo de que pueda hacerme las preguntas correctas, pero tengo que enfocarme en hacer las que me importan y a las que me parece que necesitamos contestar —incluso si no podemos hacerlo correctamente—, lo mejor que yo pueda. Me parece que la imaginación es el corazón mismo del realismo, de nuestras historias, de la pulsión que tenemos por escuchar cosas que nos fascinen y nos manden de vuelta con preguntas que no sabemos responder. Y muchas de esas preguntas tienen que ver con la violencia que nos rodea.

**CUANDO EMPECÉ** a escribir *Conquistador* me preguntaba cómo se sentirían los europeos y estadounidenses, que han colonizado el planeta, en la misma situación que aquellos a quienes han colonizado. Mi respuesta pasaba por una historia similar a las versiones alternas, en las que narré en tono brutalmente realista una historia geopolíticamente imposible: un grupo de narcotraficantes se arroja a Europa para conquistarla. ¿Por qué narcotraficantes? Son tal vez el grupo que resulta más creíble, con recursos económicos y brutales como de conquistadores. La historia es a la vez realista y no realista, pero ayuda a explorar qué es un héroe y cómo es la otra cara de un monstruo.

Cuando escribía *Seis ensayos sobre la violencia* me preguntaba cómo escribir sobre el dolor de las víctimas de nuestra guerra, sin hacer de eso un espectáculo. Y mi respuesta pasaba por hacer difícil el acceso a ese dolor. No como una forma de desplegar versificación a lo tonto, sino como una manera de requerir una participación activa, que transformara esa emoción en un proceso simbólico, a través del cual el duelo significara otra cosa, un destilado de las experiencias que la guerra ha forzado sobre todos nosotros.

Me preguntaba después cómo los que están en las posiciones privilegiadas sufren el sistema en el que vivimos. No tanto porque quiera hacer otra versión de *Los ricos también lloran*, sino porque me parece importante buscar cómo todos sufren dentro del sistema económico en el que estamos insertos. Una forma de superar la polarización en la que se hallan casi todos los espacios de nuestros procesos políticos es encontrar posiciones

**RAFAEL ACOSTA** (Nueva Rosita, Coahuila, 1981), escritor y crítico, es autor de las novelas *Mosquitos buscando luz* (2006), *Conquistador* (2014) y los cuentos *Seis ensayos sobre la violencia* (2023). Es profesor en la Universidad de Kansas.

## "LA MUERTE NO VALE NADA"

DIEGO GÓMEZ PICKERING

@gomezpickering

*A Hala Mukhles, palestina*

Mi muerte vale más que la tuya  
porque fue primero y más violenta,  
[sorpresiva y condenable.

La tuya no vale nada  
porque vino después, era  
[previsible y la ahogó el silencio.

Mi muerte vale más que la tuya  
porque tengo nombre, rostro  
[y apellido,  
porque ahí están mis padres,  
[mis hijos, mis vecinos,  
[mis paisanos y mi mujer,  
porque tiene por testigo al mundo.

Tu muerte no vale nada  
porque nadie conoce tu nombre  
[y careces de apellido,  
porque a nadie importan tus

[padres, tus hijos, tus vecinos, tus  
[paisanos ni tu mujer,  
porque el mundo no la quiere ver.

Mi muerte vale más que la tuya  
[porque pertenezco al pueblo  
[elegido y con mi sangre baño  
[la tierra.

Tu muerte no vale nada  
porque eres hijo del pueblo maldito  
[y con tu sangre manchas la tierra.

Mi muerte vale más que la tuya  
[porque todos la lloran,  
la tuya, sólo la olvidan.

Mi muerte es asesinato, la tuya,  
[daño colateral.

Mi muerte vale más que la tuya,  
la tuya no vale nada. ■

en común. Aun si todo mecanismo de opresión tiene opresores y oprimidos, las posturas nunca son tan claras y tan separadas; normalmente los opresores también sufren de alguna manera y la liberación tiene que tener cuando menos algunos elementos en común, positivos para todos.

Cuando escribía *La vocación del lobo*, lo primero que quería explorar es qué se traiciona en el camino al poder. Otra vez, el narco era el entorno perfecto para este experimento: ¿quién más idóneo que un grupo de personajes que baila todas las noches con la traición? ¿Qué mejor que alguien que tiene que vivir a salto de mata, aunque sea entre las matas más caras del mundo? Para hacer esto pensé en otro de los grandes grupos de personas que traicionan sus ideas: los espías. Creo que es interesante observar la yuxtaposición de este género, popularizado durante la Guerra Fría, con el mundo mitológico del narcotráfico. Esta mezcla nos permite explorar de qué modo a través de los años se genera la paranoia, la desconfianza y la traición de las mismas cosas que llevaron a los personajes a buscar el poder. Estoy plenamente consciente de que yo no soy la primera persona que reflexiona sobre cómo el dinero y el poder transforman. Pero igual que ningún escritor descubrió el amor, me parece que todavía hay mucho territorio para explorar la pulsión de tener siempre más. Cada día parece que se intensifica esta búsqueda, como lo que estudiaba Lauren Berlant en su libro *El optimismo cruel*: es un afecto que obstaculiza la misma promesa que te hace.

Ahora, mientras escribo *Si una noche de canícula un borracho...*, reflexiono sobre cómo el estilo de vida que lleva la gente más privilegiada en México contribuye justamente a crear la violencia que nos destruye. Decidí hacerlo en una novela que ya es un poco de época, puesta en Monterrey a principios de los dos miles, con toda su música y subculturas, con toda la maravillosa fiesta que había ahí antes de

que empezara la guerra de las drogas. En ella quiero explorar la futilidad de todos los proyectos de vida de la gente que destruye nuestro entorno buscando más dinero, más negocios, la expansión constante. Para hacerlo, nada mejor que hacerlo chistoso, divertido, una historia inmersa en la fiesta, en el sexo, la música, las drogas, el alcohol, todo el estilo de vida que cuando es practicado por los hijos de *alguien* se envidia, pero cuando lo siguen quienes suben, se vilipendia. El libro sigue la historia de dos jóvenes que recorren las distintas fiestas de la ciudad durante 24 horas y cuenta cómo ese hedonismo no resuelve ninguno de los problemas más importantes de los protagonistas: sólo produce dolor que no tiene ningún propósito y que no cumple objetivo alguno.

Creo que esta exploración es importante, aunque no sé si sea tan valiosa como me gustaría. En última instancia, cuando veo películas como *Toro salvaje*, de Martin Scorsese, yo, igual que buena parte de los espectadores, me quedo fascinado con un personaje como LaMotta, un tipo sin cualidades redentoras, y con la manera en que la película lo explora. En *Taxi Driver* también vemos de qué manera una persona pierde la cabeza.

El narrador no siempre aprueba lo que narra, pero nuestra responsabilidad es ser honestos en la exploración, tener los pies en la tierra mientras la cabeza surca las nubes, ir adonde nos lleva la curiosidad, pero ser descarnados con lo que encontramos. Para mirarse el ombligo —que es, en última instancia nuestra responsabilidad como artistas—, hay que saber no sólo como mirarlo, sino dónde está. ■

### NOTAS

<sup>1</sup> Piloto de guerra alemán; protagonista de *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque.

<sup>2</sup> Protagonista de *Guerra y paz*, de León Tolstói.

<sup>3</sup> Antagonista en *Los miserables*, de Víctor Hugo.

<sup>4</sup> Protagonista de *La reina del sur*, de Arturo Pérez-Reverte.

<sup>5</sup> Protagonista de *Rosario Tijeras*, del colombiano Jorge Franco.

Friedrich Nietzsche planteó que el pensamiento y la vida son inseparables; para Carla Bley, la creación va a la par de una forma de vivir. Fue una mujer que amó al mundo con la misma intensidad que componía música. Este texto de Luis Arce la retrata así, rodeada por amigos, experimentando con las notas, escribiendo encima de sus partituras. Falleció la jazzista estadounidense, y cuando parte alguien como ella —que entrega la imaginación al sonido— un tono se rompe mientras otros continúan: el silencio de su muerte es atonal.

## IN MEMORIAM, CARLA BLEY:

# LO QUE SIGUE

LUIS ARCE

@lsfarce

Con los primeros días en que el mundo de la música tiene que encarar la realidad ya sin Carla Bley (1936-2023) entre sus filas. La monumental pianista, compositora y arreglista falleció a los 87 años. Lo intuía desde hace tiempo. De ninguna forma puede ser casualidad que titulara sus últimos álbumes *Andando el tiempo* (2015) y *Life Goes On* (2020). Quedaba la esperanza, pero también la dulce consciencia del final.

**FUESE EN LA PARTITURA** o en la vida, Bley nunca quitó los ojos de lo que le gustaba. Amó la música, componerla; a los músicos y a las personas que escuchaban esa música; los bares neoyorquinos, a los Beatles. Nunca hubo, en el jazz, persona que no quisiera interpretar una composición de Carla Bley, hasta considerarse un privilegio darle vida a sus intrincadas partituras. Charlie Haden, Robert Wyatt, Jimmy Giuffrè e incluso Nick Mason, el baterista de Pink Floyd, tocaron obras suyas. Cada quien lo hizo a su manera, pero en todas está presente la huella de la pianista: gestos que orillan al intérprete a la atonalidad, peculiares anotaciones encima de la partitura; un tiempo para leer y un tiempo para inventar.

Buscó que cada proyecto fuese lo más *excéntrico* posible, en el sentido original del término, es decir, alejado del centro, de la forma dominante de entender la música. La foto donde se ven partituras volar sobre su cabeza dice mucho de su forma de comprenderla. Lo anotado nunca es suficiente, el intérprete debe exigirse estar siempre a punto de hacer explotar lo que la notación contiene. Puede que por eso haya conservado para sí misma las ideas más enloquecidas de su inventiva. Su emblemático *Escalator Over The Hill* (1968-1971) es uno de esos álbumes que viven en una dimensión creada ex profeso. Tocan todos: Jack Bruce, Linda Ronstadt, Don Cherry. Es una obra cuya locura permite que la música adquiera un sentido ritual e intelectual. Bley declaró alguna vez que si cualquiera quería estar en el álbum, podía hacerlo, sólo tenía que



Carla Bley (1936-2023).

Fuente: rockdelux.com

tocar a la puerta. Al escucharlo da esa exacta sensación: las posibilidades son inagotables. A pesar de la partitura permanece abierto, como un libro inacabado, un museo cuyos visitantes sólo pueden ingresar si prometen dejar algo de sí en aquel lugar.

En el jazz existen pocos ejemplos tan aventurados como éste. Incluso las piezas de sus amados Charles Mingus y Count Basie quedarían perplejas ante la libertad que *Escalator* ofrece a intérpretes y escuchas. En esa época, la de la autonomía total, también completó uno de los álbumes más sobresalientes de todo lo grabado en el sello ECM: *The Ballad of The Fallen*. Ahí no es la titular, pero compone, dirige, estructura una de las orquestas más talentosas de la historia, a partir de los movimientos de sus manos sobre el piano.

**SI BIEN SU NEGATIVA** ante todo tipo de autoridad académica o comercial no desapareció durante los 80, es verdad que Bley encaró ese tiempo buscando una forma menos controversial de escribir música. Los años de *Heavy Heart* (1984) y *Sextet* (1987) son muy accesibles, rayan en el *easy-listening*. Como si Bley se hubiera impuesto un reto, por demás extraño: tras desencadenar libertades y riesgos que parecían no tener vuelta, trajo todo de regreso a lo convencional. De la mano de Steve Swallow, Bley pondría

más atención en crear un estilo musical cuya eficacia y experimentación estuviera dentro de límites bien establecidos. A muchas parejas les sucede algo similar y casi siempre es bello: habiendo construido una casa, no queda más que explorar todas las modificaciones y arreglos que puedan hacerse, pero no deja de ser una casa, por naturaleza obligada a ser afable y cálida con sus invitados.

*Casa* se llama el lugar donde Bley encontró cómo relajarse y dejar que las grandes ideas vanguardistas tomaran su forma en el tiempo, mientras ella reclinaba su asiento como una compositora capaz de escribir cualquier tontería de manera brillante. Esta idea, la de la compositora —no la intérprete, la jazzista, ni siquiera la música— parece haber sido la que guio y dio continuidad a su carrera durante el siglo XXI. Los últimos álbumes se desarrollan como una declaración de principios anterior a la gran despedida que todo artista debe hacer —David Bowie y Leonard Cohen prepararon algo similar, pero de forma mucho más oscura. Consciente del desenlace, Bley escribió e interpretó algunos de sus mejores álbumes, esta vez en una versión más minimalista y sofisticada: música para piano, bajo y saxofón, música de cámara, cargada de lentitud, contemplación y esperanza, signada por un futuro tan claro que sólo se puede entrar en él entendiendo que la vida avanza, con o sin uno.

Sus *Trios* (2013), *Andando el tiempo* y *Life Goes On*, desde luego, son su canto de cisne, pero también el testamento de una de las compositoras más pensantes y talentosas entre las filas del jazz. Combinaba la inteligencia de Thelonious Monk con la claridad de Erik Satie y la capacidad de los Beatles para dejar que una canción creciera como le viniera en gana. Hizo de la composición un espacio de absoluta plenitud artística, donde la música, ese oficio tan celebrado por todos, tan amado por ella, reclinaba su cabeza con la naturalidad de una buena amiga que se recuesta en el sillón de su casa y dice: “Muy bien, Carla ¿y ahora qué hacemos?”. ■

### LUIS ARCE

(Ciudad de México, 1989), escritor, es autor del libro *improvisación sobre motivo* (Juan Malasuerte, 2022). Sus poemas, ensayos y cuentos han aparecido en diversas publicaciones nacionales e internacionales.

Con este texto estrenamos una nueva sección, "Crónicas en bicicleta", coordinada por Rogelio Garza. Sin fecha fija iremos publicando textos sobre el ciclismo en todas sus vertientes: arte, letras, ejercicio, transporte y la experiencia de la autora o autor invitado. En este texto inaugural, Lucila Navarrete recuerda su infancia ochentera en Torreón, a los personajes que habitaban sus calles en bicis y triciclos, como paleteros, vendedores, algunos de ellos hoy desplazados por las balaceras y la mancha urbana que se extiende sin cesar.

# CUATRO VIÑETAS PARA (TRI)CICLISTAS

LUCILA NAVARRETE TURRENT

@LucilaNavarret4

Mis padres migraron a Torreón atraídos por la promesa de la industria minera. Se establecieron en Torreón Jardín, colonia que concretaba el sueño aspiracionista de la clase media lagunera. En ese lugar nací y crecí en los años 80.

1

Ahí llegaban plomeros, albañiles y paleteros en sus bicicletas y triciclos. Pancho, el pintor de la familia, llegaba a casa pedaleando lentamente en su balona, con sus brochas y botes de pintura en una reja de madera amarrada sobre la parrilla. El crujir de la cadena avisaba. Vestía una camiseta blanca percutida, llena de agujeros, y un pantalón azul viejo y sucio. Mientras trabajaba ponía la bici afuera, recargada entre los arbustos y el muro de ladrillos de la fachada. En ocasiones, yo aprovechaba para examinar los pedales, las llantas desgastadas, la cadena sin grasa, la parrilla oxidada, el asiento descolorido... Yo tocaba esa bicicleta con respeto.

A mis hermanos y a mí nos provocaba mucha gracia la manera de hablar de Pancho, de comprimir las palabras hasta volverlas incomprensibles. En ocasiones demoraba muchas horas pintando una sola sección de la pared. Alguna vez escuché a mi padre decir que su pachorra no lo llevaría lejos. Pero la calma con la que hacía todo, el tiempo que se tomaba para darse un descanso y buscar sus gorditas al carbón, me pasmaba. Su forma lenta de pedalear correspondía con el ritmo de las calles. Pancho era resultado de una sutura natural entre él y su bicicleta, entre ambos y la calma de la ciudad. Bien dice el filósofo Gerald Raunig: hay ciclistas cuya personalidad se funde con la de su máquina. Así era Pancho.



Foto ▶ Blubel / unplash.com

"LAS BICIS TRANSMITÍAN UNA TRANQUILIDAD RAYANA EN LO PUEBLERINO... CONTRASTABA CON EL SACRIFICIO DE PEDALEAR BAJO EL SOL DEL DESIERTO".

2

Mi madre acostumbraba decir con molestia que vivíamos en un pueblo ciclero, que ella era, orgullosamente, originaria de la Ciudad de México. Cualquier lugar que se preciara de ser ciudad debía tener un auto por familia. Torreón era joven y tranquila, pero a ella no le gustaba porque le parecía aburrida, rodeada de cerros pelones y calles con ciclistas a todas horas, aun a pesar del clima extremo, tan característico del desierto.

Los sábados por la tarde, mis padres nos llevaban a La Alameda a mis hermanos y a mí. Ahí presenciaba el tapiz de triciclos. Algodones de azúcar, raspados, burbujas en frascos de Gerber, globos y burritos que los vendedores despachaban en sus vehículos. Cada vez que regreso, todo parece seguir en su mismo sitio: el carrusel, los carritos chocones, los viejos pinabets y los triciclos de carga están ahí. Esa porción de felicidad infantil ha logrado resistir, incluso, a las balaceras y al horror.

En las inmediaciones del Mercado Juárez y a lo largo de la Avenida Hidalgo conocí otra variante de triciclista: el vendedor de gorditas de cocedor. Ese manjar lo probé gracias a que mi padre nos llevaba, a escondidas de mi mamá, a explorar la comida callejera. Cuando la acompañaba a ella a las tiendas chinas del centro veíamos los cubos de vidrio, montados sobre la carga de los triciclos, repletos de gorditas. Ella me miraba y rezongaba: decía que nunca probaría esos mazacotes, para eso prefería los tlacoyos, pues al menos los servían con nopales encima. Pero a mí me gustaba mi pueblo ciclero y, sobre todo, las gorditas de chicharrón prensado.

3

En mi primaria, un señor en triciclo se ponía en la puerta de salida a vender raspados de sabores. A mí me gustaba el de vainilla. En los

recreos, a través de la malla ciclónica, Juan vendía bolis y duritos de mucha fama entre los alumnos. Yo observaba los triciclos, casi viejos, con algo de pintura amarilla en los barrotes; eran máquinas de batalla donde podía caber el mundo de antojos de la niñez.

Serías, altas, de un acero imponente, con su canastilla para llevar carga o preparación para despachar, las bicicletas y los triciclos de aquel entonces eran laborales para mí, no había nada de juego en ellos. Transmitían, sobre todo, una tranquilidad rayana en lo pueblerino, que contrastaba con el sacrificio de pedalear bajo el sol ardiente del desierto. Esa obstinación me asombraba.

Hoy, esas bicicletas y quienes las pedalean sobreviven por el centro, en algunas plazas hacia el poniente y los ejidos que han sido tragados por la ciudad. No se les topa por las colonias porque muchas se transformaron en fraccionamientos amurallados, divididos por vías rápidas, que acentuaron la distancia entre clases sociales. Toda una industria inmobiliaria, un proyecto urbano que extendió sus tentáculos tras la llamada *guerra contra el narco* y desplazó, entre muchos otros, a los famosos paleteros de la Bip's.

4

Creí y llegó la primera bicicleta a casa. Fue para mi hermano, el mayor. Yo había visto a algunos vecinos divertirse en sus patines y bicicletas de colores: imágenes distantes de la de Pancho y los triciclos con golosinas. La de mi hermano era de la Goray, una de las tiendas más viejas de ciclismo de La Laguna, que desarrolló su propia marca. Tenía cromado azul y un cierto aire Chopper. Al subirme, algo se transformó en mí. Entendí que andar sobre dos ruedas también podía servir para jugar, para desplazarse sin rumbo y por antojo, para perder el tiempo vagando y experimentar, por primera vez, la libertad. Fue la época en que comenzó a desvanecerse mi entendimiento de niña, para abrir paso a esa otra edad en la que lo mítico se transforma en *eros*. ☑

**LUCILA NAVARRETE TURRENT**, originaria de La Laguna, es ensayista, profesora y ciclista. Su más reciente libro es *Cura rotatoria* (2022). Imparte en la UNAM el curso-taller "Pedaléalee. Letras en Bicicleta", cuya segunda edición arrancará en enero.

## AL MARGEN

Por  
**VEKA  
DUNCAN**

@VekaDuncan

## RECUPERAR A SANTOS BALMORI

“UN ASPECTO QUE  
LA RETROSPECTIVA  
SACA A LA LUZ  
ES SU ACTIVISMO  
FRENTE A LA  
GUERRA CIVIL  
ESPAÑOLA Y  
LA CRISIS DE  
REFUGIADOS”.

**D**urante muchos años he visto el nombre de Santos Balmori gravitando alrededor de los personajes más consagrados; la mayoría de las veces es un dato anecdótico o apenas una mención al margen. A menudo aparece referido en las biografías de figuras como Luis Nishizawa, Pedro Coronel o Juan Soriano, pero tan sólo como uno entre tantos profesores que formaron a estas prodigiosas figuras —una proeza nada menor y, sin embargo, que pareciera insuficiente: no se le dedican más líneas. Ahora el Museo Nacional de Arte le hace al fin justicia a este fascinante miembro de la plástica mexicana, con una amplia retrospectiva que saca a Balmori de las sombras para darle su merecido lugar entre los protagonistas de un siglo tan explosivo en creatividad y experimentación como lo fue el XX, que el artista vivió casi entero.

**Lo primero que salta** a la luz para el visitante al ingresar a las salas de *Santos Balmori (1898-1992)*. *La huella indeleble* es que la suya fue una vida digna no sólo de leerse en libros o ver en pantalla sino, sobre todo, una trayectoria representativa de su tiempo. Nacido en la Ciudad de México en 1898, pasó su infancia en Asturias, España, de donde era su padre. Al perder a su mamá, dos años después, la familia regresó a América, donde Balmori dio sus primeros pasos en el arte. Se formó primero en Chile, para posteriormente embarcarse de vuelta a España y entrar a la prestigiosa Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Su llegada a Europa coincidió con el año del armisticio de la Primera Guerra Mundial, 1918, un momento de transición en el que las heridas de aquel doloroso conflicto dieron inicio a una transformación sin igual en el campo artístico. El epicentro de esas nuevas exploraciones plásticas fue París, adonde peregrinó con tantos otros que, como él, buscaban acercarse a las vanguardias. El impacto de los nuevos lenguajes plásticos que ahí se estaban gestando es visible en los lienzos expuestos en el MUNAL, donde confluyen las formas deconstruidas y geométricas del cubismo con la agilidad del futurismo, movimientos que conoció gracias a su contacto con personajes como Juan Gris y Alberto Giacometti. Este espíritu experimental nunca lo abandonaría. En las más de 300 obras que hoy se exponen en el museo se aprecia esa inquietud constante por llevar la forma a sus límites, aspecto que sin duda supo transmitir a sus alumnos, a pesar de que la recepción de su trabajo fue compleja en un México hipernacionalista, que rechazaba todo lo que tuviera tufo a Europa y sus imperios.

Esa estancia no sólo lo empapó de las corrientes artísticas de su época, sino también de las ideológicas, en un momento en el que el Viejo Mundo se sumía en la oscuridad del fascismo. Descubrimos así a un creador de rango excepcionalmente amplio, alguien que fue más allá de la pintura para explorar también la gráfica y su potencial político. Como colaborador de la revista *Monde* logró portadas incendiarias contra los regímenes totalitarios de derecha, lo cual le valió la persecución que lo traería de vuelta a su natal México. Aquí continuó su trabajo gráfico, sumándose con idealismo a campañas políticas, como la de Lázaro Cárdenas, y también divirtiendo a los consumidores de Orange Crush con sus entrañables anuncios publicitarios. Sin duda esta faceta es de las más disfrutables al visitar las salas del MUNAL, por la forma en la que sus novedosas composiciones deleitan o sacuden con fuerza a los espectadores.

Pero su veta política no sólo se quedó entre la tinta y el papel. Uno de los aspectos más sorprendentes que la retrospectiva actual saca a la luz es su activismo frente a la Guerra Civil Española y la crisis de refugiados que generó. De raíces asturianas y vocación socialista, la causa republicana fue un tema al que Balmori resultó

particularmente sensible. Avescindado de nueva cuenta en nuestro país, se convirtió en el impulsor de uno de los episodios más luminosos y a la vez trágicos de la diplomacia mexicana: los llamados Niños de Morelia. Fue este pintor quien convenció al presidente Cárdenas de recibir a un grupo de huérfanos del conflicto español, los cuales finalmente desembarcaron en costas mexicanas el 7 de junio de 1937. El destino de estos niños no fue el esperado, pero la anécdota que ha quedado para la posteridad pinta de cuerpo entero a Balmori.

En las obras expuestas se aprecia también una predilección por el cuerpo humano, y es quizás ahí donde se mira con más claridad su ímpetu por la



Santos Balmori, *Orange Crush*, gouache sobre cartón, hacia 1940.

deconstrucción de la forma. Su continuo trabajo de las posibilidades del desnudo femenino se vincula además con otro capítulo de su historia, más romántico que bélico en este caso, y es que Santos Balmori tenía una evidente predilección por las bailarinas. Las tres esposas que lo acompañaron a lo largo de su vida se dedicaban a la danza: Thérèse Bernard, Elisabeth Duncan y Rachel Bejörstorm. A través de ellas incorporó el movimiento a su trabajo plástico, deleitando a sus espectadores con lienzos dinámicos. La pasión dancística incluso le llevó por un camino paralelo al de su docencia como profesor de pintura, llegando a ser director de la Academia Nacional de Danza, bajo el auspicio de Miguel Covarrubias.

**Así, en la exposición** del MUNAL se despliega frente a nuestros ojos un verdadero hallazgo: el de un artista multifacético que lo mismo logró plasmar lo más complejo de la anatomía humana en unos cuantos trazos, que levantar profundas pasiones políticas con una gráfica poderosa e, incluso, antojar a más de unos cuantos a beber un sabroso refresco. Esta muestra es de esos acontecimientos que emocionan por su aporte al estudio del arte mexicano, pero sobre todo por su interés en difundir el legado de un personaje al que no le hemos puesto la suficiente atención, pero de quien estoy segura que aún queda mucho más por descubrir. Que esto sea también una invitación, no sólo a los historiadores del arte, sino al público en general a voltear hacia otros horizontes y no perder de vista que en el siglo XX hay todavía pinceles distintos a los que siempre elogiamos. ■

**DESDE LA APARICIÓN DE SEXTO PISO**, el mundo editorial en español no volvería a ser el mismo. Le quitó lo aburrido al panorama, no sólo por sus fiestas míticas, sino por lo arriesgado de sus apuestas. Un grupo de editores, en su mayoría jóvenes, dispuestos a saltar al vacío, como su mismo logotipo enuncia, con tal de descubrir a los lectores una banda de frescas y emocionantes propuestas.

**ESTE AÑO CUMPLEN** dos décadas y un año de vida. Tuve la fortuna de formar parte de este sello poco más la mitad de ese tiempo. Y a pesar de que mi camino sigue ahora un rumbo distinto, continúa siendo una de mis editoriales favoritas. Compartir catálogo con plumas de la estatura de William Gaddis, John Barth, Eduardo Lago, Jis o Etgar Keret ha sido una de las mayores satisfacciones que he recibido por mi trabajo.

No fue sino hasta mi llegada a Sexto Piso que descubrí el enorme esfuerzo que implica colocar un libro en la mesa de novedades. El proceso por el que atraviesa un manuscrito es arduo. Detrás de este hecho hay un numeroso equipo de personas que lo hacen posible. Editores, diseñadores, vendedores, etc. Los escritores dependemos totalmente de ellos. Y el glamur ocasional que nos rodea en entrevistas y presentaciones sería imposible sin su ayuda.

Convivir con el equipo de Sexto Piso confirmó lo que ya sospechaba, que había llegado al lugar indicado. La complicidad que me dieron fue un regalo inesperado. Conocer a Rafael Rodríguez, Francisco Valdés, Saúl Trejo, Lluïsa Matarradona, Rebeca Martínez, Poncho, Rebeca Martínez, Lilia Sánchez y, por supuesto, a Diego Rabasa, Eduardo Rabasa, Felipe Rosete y Santiago Tobón, fue una gran aventura. En los más de diez años compartimos tantas cosas: carnes asadas, viajes, conciertos y muchas lecturas.

En una época en que los buenos editores escasean tuve la suerte de contar con la guía de Diego Rabasa. Uno de los mejores editores jóvenes del país, sino es que el mejor. Sin sus recomendaciones no habría conseguido mantenerme a flote en los momentos de duda. Agradezco en particular que no me haya permitido publicar el primer borrador de *El karma de vivir al norte*. Estaré siempre en deuda con él por obligarme a corregirlo tanto, hasta alcanzar la cuarta versión, la que se fue a imprenta.

Pero no fue la primera vez que me salvó el pellejo. Tengo muy presente aquella sequía que tuve que atravesar después de la publicación de *La marrana negra de la literatura rosa*, cuando no podía escribir relatos. Y cuando

**A DOS SEMANAS** de que sir Paul McCartney toque por estas tierras falleció el locutor de radio Manuel Guerrero Magaña, también conocido como el mayor fan de los Beatles en México. Guerrero forjó a generaciones de bitlémanos durante más de 40 años, en sus emisiones casi diarias. Recuerdo ir con mi madre el ocho de diciembre de 1980, la noticia salía de todas las estaciones de radio: John Lennon había sido asesinado. Mi hermano y yo, cazadores de la kissmanía en Radio Éxitos y otras estaciones, la sintonizamos en la casa para seguir la noticia. La voz de un hombre desconsolado hablaba sobre Lennon y transmitía un sentimiento de pérdida que se abría como un pozo negro bajo nuestros pies. Era Manuel Guerrero. Dos años antes, él y el bitle habían sostenido una conversación telefónica.

Guerrero se enganchó con los Beatles al escucharlos en esa estación en 1964. Era tan fan que a los 13 años ganó *El gran premio de los 64 mil pesos* con la trivía sobre el grupo en el programa de Pedro Ferriz, que lo invitó a Radio Éxitos en 1977. Empezó a pilotear *La Hora de Los Beatles* en los 80, despegó con una base de escuchas que sumaba a los fieles del cuarteto y a los miles más que convirtió.

Radio Universal Stereo cambió de frecuencia tres veces desde los 80. Yo me aficioné a sus ondas en la imprenta familiar. Guerrero, El Octavo Bitle, aterrizó en el 107.3 FM en los 90, como el conocedor más pimienta del cuarteto en todo el cuadrante. Ahí empezó a transmitir *El Club de Los Beatles* a través del 92.1 FM y finalmente del 88.1 FM: discos,



“UN GRUPO DE EDITORES,  
DISPUESTOS A SALTAR  
AL VACÍO, COMO SU  
MISMO LOGOTIPO ENUNCIA”.

finalmente conseguí volver a hacerlo no podía cerrar tres de los que aparecieron en *La efeba salvaje*. Rumié durante meses la manera en que debía resolverlos y no conseguía dar con una solución. Bastó una tarde en que nos sentamos Diego y yo a comer y después a discutir las historias: todo se me aclaró y pude terminarlos.

**DURANTE ESE PERIODO** ninguna persona me conocía como Diego Rabasa. Y nadie podía mirar a través de mi obra igual que él. Todas esas noches que dormí en su departamento, otras en que dimos vueltas en coche de madrugada o los miles de mensajes que intercambiamos por whatsapp hicieron posible nuestro método de trabajo. Agradezco en particular los dos consejos más valiosos que me hizo durante nuestras pláticas. Uno, nada es más importante que la escritura. Y dos, suéltate, déjate ir con todo, dale rienda suelta a tu imaginación. Lo voy a extrañar.

Durante estos más de diez años lo que sobran son anécdotas de los momentos que viví junto a los miembros de la editorial. Todos igual de valiosos. Pero si hay alguno que me marcó fue aquel viaje que hicimos Poncho y yo en coche a Oaxaca para presentar *La marrana negra de la literatura rosa*. El estéreo del carro no servía y tenía atorado un disco. Que escuchamos todo el viaje de ida y regreso: *Paul's Boutique*, de Beastie Boys. Ahí se fraguó gran parte de mi amor por la editorial. En mandarme con un chiflado por carretera.

Y además de todo lo anterior, frecuentar el círculo Sexto Piso me dio la posibilidad de conocer a uno de los amores de mi vida, el Dr. Lao.

Gracias, Rafa Rodríguez, por tu amistad.

Gracias, Sexto Piso, por tantos títulos tan chingones.

Gracias por Liniers, por Angela Carter, por David Byrne, por la Wencesloca, por Mordecai Richler, por Renata Adler, por Don Carpenter, por Robert M. Pirsig, por Hunter S. Thompson.

Gracias totales. 📺



La Razón

“DOS AÑOS ANTES,  
ÉL Y LENNON  
HABÍAN SOSTENIDO UNA  
CONVERSACIÓN TELEFÓNICA”.

canciones, grabaciones raras, anécdotas y datos curiosos o históricos. Tuvo varios horarios dos veces al día, emisiones en las que también participaba el locutor Enrique Rojas, su colega conocedor del cuarteto. Aparecían en la mañana y en la tarde o en la noche, con todo su material bitlesco. La Voz Universal, Adolfo Fernández Zepeda, le dedicó una despedida más emotiva que su poema de las cinco de la mañana, aquél que recitaba cuando nos amanecía en la agencia Wunderman, antes de las primeras canciones de los Beatles del día.

**ADEMÁS, GUERRERO** piloteaba *La Máquina del Tiempo*, *Clásicos Universal* y *Noches Universal*. En esa cabina entrevistó a McCartney, Queen, Kiss, Olivia Newton-John, Creedence, Deep Purple, Alan Parsons, Iron Maiden, Kenny Rogers y Slash. Fue un gran difusor musical que supo crear una comunidad antes de que existiera la tendencia digital de hacer comunidades, y lo hizo con una sola idea: “Que la bitlemanía siga siendo universal”. 📺

## EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por  
**CARLOS VELÁZQUEZ**

@Charlyfornicio

## SEXTO PISO, 21 AÑOS

### LA CANCIÓN #6

Por  
**ROGELIO GARZA**

@rogeliogarzap

## MANUEL GUERRERO

## FILO LUMINOSO

Por  
**NAIEF YEHYA**  
@nyehya

**EL TREN Y  
LA PENÍNSULA,**  
DE SKY RICHARDS Y  
ANDREAS KRUGER

“UN PUEBLO  
VIVO, QUE ESTÁ  
ENFRENTA DE  
NUESTRAS  
NARICES  
Y AL QUE  
IGNORAMOS,  
SIGUE SIENDO  
EXPLOTADO”.

Si algo hemos visto en los últimos años, muy en especial a partir de la pandemia, ha sido la enfebrecida polarización de opiniones en torno a decisiones tomadas desde el poder. La extrema ideologización, las teorías conspiratorias, la desconfianza hacia cualquier autoridad (política, científica o un experto, sea del campo que sea) han creado una atmósfera de tensión e inquietud, que a menudo impide cualquier debate o conciliación entre las partes. La irracionalidad se vuelve cada vez más difícil de distinguir de la disidencia y el escepticismo, de la histeria. La ilusión de que una sociedad hipercomunicada, siempre en línea y compulsivamente participativa estaría mejor informada que nunca y sería más democrática se ha desmoronado en tiempos de redes sociales, desinformación masiva, bots de manipulación de la opinión pública, *influencers* y *deep fakes*. Los megaproyectos de la actual administración mexicana (el Tren Maya, el Aeropuerto Felipe Ángeles, la Refinería Dos Bocas y el Corredor Interoceánico del Istmo) han sido motivo de apasionados cuestionamientos, defensas y descalificaciones. Por un lado se trata de obras emblemáticas, que corresponden al legado de esta Transformación; por otra, son obras con innegable impacto ambiental y social.

EL DOCUMENTAL *EL TREN Y LA PENÍNSULA* (2023), de Sky Richards y Andreas Kruger Foncerrada, es un recorrido a lo largo de partes de los 1500 kilómetros que tendrá el Tren Maya (en Yucatán, Campeche y Quintana Roo). No busca imponer un punto de vista, sino permite a personas de la región hablar por sí mismas, por sus comunidades y familias. Así, los herederos del legado cultural maya tienen la oportunidad de situar esta obra en el contexto de las transformaciones, las imposiciones y la explotación histórica de recursos de la Península. El proyecto es presentado en el contexto del desarrollo de otras industrias que cambiaron la región, como el henequén, la agricultura industrial y el turismo.

La controversia radica, obviamente, en el dilema que surge entre favorecer la economía mediante la creación de empleos e inyecciones de capital, y el impacto en la vida —especialmente de quienes menos tienen y que se beneficiarán de modo marginal, por la precariedad laboral, la gentrificación, la erosión de la cultura local y la marginación—, así como el costo ambiental. Es importante la visión de los locales, debido a que durante este sexenio los defensores a ultranza de los proyectos del gobierno han atacado y ridiculizado a los ecologistas que se manifiestan en contra del proyecto. Los acusan de *burgueses urbanos* que sólo quieren obstaculizar la Transformación.

Los entrevistados no hablan desde lo ideológico ni representan grupos de poder, por lo tanto resultaría difícil descalificar sus posiciones. Al dar la palabra a 38 habitantes de cinco estados (los tres mencionados antes, además de Chiapas y Tabasco), los cineastas han querido evitar los reduccionismos políticos e ideológicos de rigor. De hecho, dejan que los comentarios y las aportaciones de los entrevistados vayan orientando la narrativa, tratan de evitar las preguntas que conducen a una simple polaridad entre estar a favor o en contra. Parte de la relevancia del documental radica en que Kruger y Richards se adelantaron a la construcción del ferrocarril, ya que comenzaron a filmar en 2020: ofrecen perspectivas de la gente desde antes de que iniciaran las obras. Un acierto es que recorren viejas estaciones previo a que fueran retomadas por la construcción del nuevo sistema de transporte. Podemos ver las ruinas de otros sueños de modernidad, la herrumbre en la que han terminado viejas fantasías y ambiciones de progreso. En su recorrido, la



Fuente: mexicoescultura.com

obra pasará por zonas económica, social y culturalmente diversas, en donde varía la actitud hacia la misma. Mientras para algunos representa el recuerdo de mejores tiempos, para otros —que son ajenos a esa experiencia—, hay inquietud, miedo y desconfianza.

EN 1982 TOMÉ UN TREN de la Ciudad de México a Mérida. Fue una experiencia alucinante, en la que después de algún tiempo perdí de vista de qué se trataba ese viaje interminable. En algunos tramos daba la impresión de que las vacas andaban más rápido que la máquina sobre las vías. Imposible no sentirse en el cuento “El guardaguas”, de Juan José Arreola, o evocar a los surrealistas mientras avanzaba en esa ruina de hierro moviediza, en un viaje delirante hacia el olvido. Y sin embargo, no soy inmune a la fascinación del tren. Este debate es también un choque de nostalgias: la de los que no quieren cambios y desean que su mundo se mantenga inmutable vs. la de quienes imaginan el renacimiento de un pasado ferroviario glorioso, al que quisieran volver. La idea de que éste es sólo un medio de transporte se revela en la cinta de Kruger y Richards como una perspectiva limitada. Obviamente se trata de una poderosa fuerza de cambio, que atraerá inversiones y ofrecerá tres tipos de servicios: de carga, de pasajeros y turístico, pero también generará cambios determinantes en todos los ámbitos. A un nivel muy evidente, se asume que sus costos —aun con la distinción entre pasajeros nacionales e internacionales— lo pondrán fuera del alcance de la mayoría de la gente, con lo que representará un nuevo sistema de segregación.

No se puede negar que muchas de estas poblaciones viven en un equilibrio frágil entre la tradición, las necesidades y las influencias externas. Los cineastas evitan hasta cierto punto llevar el debate por el camino de la protección del agua y los cenotes, los sitios arqueológicos, las especies en peligro de extinción —aunque este tema aparece. Optan más bien por la experiencia humana, los recuerdos, las expectativas y los temores. Y al adentrarse en la subjetividad —que, por supuesto, responde a siglos de historia y negligencia del centro—, descubren un debate humano, que no recurre a una competencia de detalles técnicos, de estudios ni de propaganda. El turismo ha traído enorme riqueza a Quintana Roo en las últimas cinco décadas, pero ésta no llega a quienes limpian baños, cortan pasto y sirven mesas. Buena parte de la población maya de la zona vive con sueldos de miseria, como servidumbre en esos desarrollos. Las promesas gubernamentales y corporativas son *espejitos de papel* que no representan la realidad cotidiana.

Una de las incógnitas de la historia de la península es: ¿qué pasó con los mayas? ¿Adónde se fueron? Mientras nos lo preguntamos, un pueblo vivo, que está enfrente de nuestras narices y al que ignoramos convenientemente, sigue siendo explotado y es víctima de las decisiones tomadas por quienes quieren beneficiarse de la riqueza y belleza de su tierra, historia y recursos. ■